

## CAPÍTULO XXVII.

CONTINUA EL MAR MUERTO.

### EL RIO JORDAN.

**E**MPLÉE el día 5 de Octubre dos horas en pasear por las orillas del mar Muerto, aunque los betlemitas me daban prisa para salir de tan peligrosos parages. Quería yo ver el Jordan en el mismo sitio en que desagua en el lago, punto esencial que solo ha reconocido Hasselquist; pero los árabes se rehusaron á llevarme allí, porque el rio á una legua de su embocadura dá una revuelta sobre la izquierda, y se acerca á las montañas de Arabia. Hube de contentarme con dirigirme al recodo del rio que estaba mas cerca. Levantamos



1. Arabe de caballeria

2. Arabe de Infanteria.



el campo, y anduvimos hora y media con suma incomodidad por una arena blanca y muy menuda. Nos acercábamos á un bosquecillo de árboles de bálsamo y tamarindos, lo que no dejó de causarme estrañeza en un terreno tan estéril. De súbito se pararon los betlemitas, y me señalaron con la mano en lo profundo de una rambla alguna cosa en la que no habia reparado. Sin poder decir lo que era, creí ver una especie de arena que se movia sobre el inmóvil suelo. Me acerqué á tan estraño objeto, y vi un rio amarillo que apénas distinguia de la arena de sus orillas: iba muy hondo y estrecho, y se movian con suma lentitud sus espesas olas: este era el Jordan.

Habia visto yo los grandes rios de América con aquel placer que causan la soledad y la naturaleza: con ansia me habia acercado al Tiber, y con la misma busqué el Eurotas y el Cefiso; pero no puedo explicar lo que sentí al ver el Jordan. No solo este rio me recordaba una antigüedad famosa, y uno de los mas excelentes nombres, que la mas hermosa poesia ha confiado á la memoria de los hombres, sino que sus orillas me presentaban aquellos parages en que se obraron los milagros de mi religion. Judea es el único pais del mundo que recuerda al viagero la memoria de las cosas humanas mezcladas con las divinas, produciendo de este modo en lo profundo de su alma pensamientos que ningun otro parage le puede inspirar.

Los betlemitas se desnudaron y metieron en el Jordan, pero yo no me atreví á hacer otro tanto, porque



aun me duraba la calentura. Me hube de contentar con arrodillarme en su orilla con mis dos criados y el dragoman del monasterio; y como me se habia olvidado el traer una Biblia, no pudimos leer los pasages del Evangelio pertenecientes al parage en que nos hallábamos; pero el dragoman cautó el *Ave Maris stella*, y nosotros le respondimos como unos marineros que han llegado al término de su viage. Cogí agua del rio y me pareció algo salada, pero no me hizo mal aunque bebí mucha de ella; creo que tendria buen sabor si se purificase de la mucha arena que arrastra.

Alí-Agá hizo tambien sus abluciones, pues el Jordan es un rio sagrado para los turcos y los árabes, que conservan muchas tradiciones hebraicas y cristianas, las unas derivadas de Ismael, cuyo pais aun habitan los árabes, y las otras introducidas por los turcos entre las fábulas del Coran.

San Gerónimo en su tratado de *sitio y nombres de los lugares hebreos*, que es como una traduccion de los *Tópicos de Eusebio*, halló el nombre del Jordan en la reunion de las dos fuentes de este rio *Jor y Dan*; pero en otras partes varia de opinion. Y debemos advertir con Relando [*La Palestina ilustrada con los antiguos monumentos*], que el nombre hebreo de este rio sagrado no es Jordan, sino Jorden; y que aun admitiendo el primer modo de leer, se esplica Jordan por rio del juicio; Jor, que San Gerónimo traduce *rio*, y Dan que se traduce *el que juzga, ó el juicio*: etimología tan esacta que haria improbable la opinion de las

dos fuentes Jor y Dan, si la geografia dejase en esto alguna duda.

Como á unas dos leguas mas arriba del parage en que nos habiamos parado, habia un gran bosque, al que quise ir, porque conceptuaba que por aquellos parages, y enfrente de Jericó, fué por donde los israelitas pasaron el rio, donde dejó ya de caer el maná, donde probaron los primeros frutos de la tierra de promision, donde Naaman fué curado de la lepra, y en fin, donde San Juan Bautista bautizo á nuestro Señor Jesucristo. Hacia ya tiempo que caminábamos hácia este parage, del que nos hallamos cerca, cuando oimos voces humanas en el bosque; estas voces, que en cualquiera parte sirven de consuelo, y que agradaria oír en las orillas del Jordan, son precisamente las que inquietan infinito en estos desiertos. Los betlemitas y el dragoman quisieron huir al instante; pero yo les dije que no habia venido de tan léjos para volverme tan pronto, que convenia en no subir mas, pero que queria contemplar el rio delante del parage en que nos hallábamos.

De mala gana convinieron en ello, y volvimos hácia el Jordan, del que nos habiamos apartado por una revuelta. Vi que tenia la misma profundidad y anchura que una legua mas abajo, es decir, seis ó siete piés de hondo en la orilla, y como unos cincuenta pasos de ancho. Todos me daban prisa para que partiésemos, y hasta el mismo Alí-Agá se quejaba; y así hube de ceder á sus instancias luego que tomé las notas mas importantes; saludé por la última vez al Jordan: llené



un frasco de su agua, y tomé algunas cañas de su orilla; y con esto nos volvimos hácia la aldea de Rihha, que es la antigua Jericó, al pié de la montaña de Judea. Apenas habíamos andado un cuarto de legua en el valle, cuando reparamos que en la arena habia muchas huellas de hombres y de caballos; y Ali dijo que nos apiñásemos para que los árabes no nos pudiesen contar, y que si por nuestro tragé y precauciones llegaban á pensar que éramos soldados cristianos, no se atreverian á acometernos.

Así se verificó, pues á poco rato descubrimos á nuestra espalda y á las orillas del Jordan como unos treinta árabes que estaban en acecho. Hicimos ir delante á nuestra *infantería*, que eran los seis betlemitas, y cubrimos la retaguardia con nuestra *caballería*, llevando el *bagage* en medio; pero el borricuelo era lerdo y solo andaba á fuerza de palos. El caballo del dragoman metió el pié en un abispero, y las abispas irritadas se tiraron á él, con lo que furioso el caballo se dió á correr con gran miedo del pobre Miguel, que daba espantosos gritos; Juan, aunque griego, hacia del valiente, y Ali lo era como un genízaro de Mahometo II. Pero Julian de nada se admiraba, pues habia recorrido gran parte del mundo sin siquiera mirarlo, porque siempre se creia en la calle de San Honorato de Paris; y con el mayor sosiego, y llevando su caballo al paso me decia: „Pero, señor, ¿no hay justicia en esta tierra que contenga á estos bribones?” Despues que los árabes nos estuvieron mirando mucho tiempo,

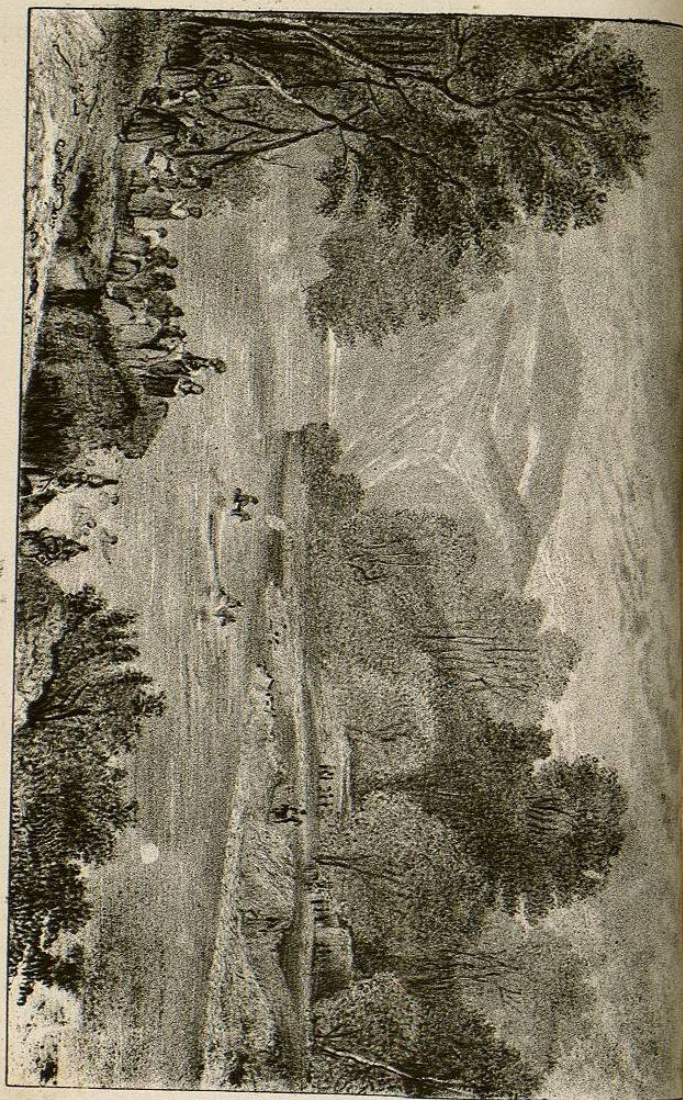


hicieron alguna arremetida hácia nosotros, y luego se escondieron entre los matorrales de la orilla del rio; y sin duda, como dijo Alí, porque creyeron que éramos soldados cristianos. Con esto llegamos sin daño alguno á Jericó.

La historia del Jordan es la misma de la Tierra Santa, pues reúne en sí todo lo mas memorable de ese país predilecto del cielo. Moisés reunido con los ancianos del pueblo, manda á los israelitas que cuando hayan pasado el Jordan y entrado en el país que les ha ofrecido el cielo, levanten al momento un altar en señal de su reconocimiento. Después de la muerte de Moisés atravesó Josué el rio cuyas aguas suspendieron milagrosamente su curso abriendo paso á los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza. Las orillas del Jordan nos recuerdan también la marcha de David hácia la capital de su reino cuando hubo vencido á Absalon: pero ciertamente que sus mas tiernos recuerdos son los que hacen relación con la predicación del Precursor y con el bautismo de Jesucristo. Este pasó muchas veces el Jordan, se detuvo no pocas en sus orillas, y aumentó grandemente su celebridad.

Michaud en su correspondencia de Oriente nos da detalles curiosos sobre las ceremonias religiosas que practican los cristianos y los griegos en las orillas del Jordan, completando de esta suerte el cuadro que Chateaubriand no ha hecho mas que diseñar.

El Jordan cuando se echa al mar Muerto, ensancha su madre y es poco profundo; sus orillas están entonces



Orillas del Jordan.



cubiertas de lodo y de cañaverales; los ánaes salvajes se solazan junto á la embocadura, miéntras serpentea el rio por entre una doble línea de sauces y de cañas. Cuando las piadosas caravanas acuden allá deseosas de visitar el sitio en que Jesucristo recibió el bautismo, tienen que temer incesantemente á las bandas de beduinos, mas aún que á las mismas fieras del desierto. Apenas han llegado los peregrinos, cuando se desnudan, y dando gritos de alegría se meten en el rio. Los cristianos se zambullen por tres veces en el agua sagrada, persignándose continuamente, miéntras que los sacerdotes griegos derraman el agua bautismal sobre la cabeza de muchos peregrinos. Los griegos beben del rio tanta agua como pueden, y se bañan con una alegría religiosa. Purificando su cuerpo, creen tambien purificar su alma; segun su opinion, se lleva el rio todas las manchas, de modo que al salir del Jordan ve cada peregrino abrirse para sí las puertas del cielo.

Arrancan ademas ramas de sauce en memoria de su peregrinacion, y hacen buena provision de agua en sacos de cuero.

Si el torrente de Cedron, ó de la tristeza, debe gemir desliziándose, no asimismo el Jordan, pues cada murmullo de sus aguas es una armonía. Este lugar fué reputado santo entre los cristianos primitivos, y los fieles acudian allá de paises los mas lejanos para regenerar su fé. Durante la edad media, ¡cuántos cristianos del Occidente no han ido á visitar sus orillas! Cha-

teaubriand escogió este sitio para la escena del bautismo de Cimodocea, la heroina de los Mártires.

El tierno Lamartine bajó tambien por las umbrosas vertientes del monte Thabor, atravesó una llanura amarillenta, poco fértil, y descubrió al fin el inmenso valle del Jordan y los primeros reflejos azulados del hermoso lago de Genezareth ó sea del mar de Galilea.

Pronto, dice, el rio se desplegó entero á nuestra vista, rodeado de todas partes, escepto del Mediodia, de un anfiteatro de altas montañas pardas y negras: á su estremidad meridional, casi debajo de nuestros piés, se abre el valle para dar salida al rio de los profetas, al rio del evangelio, al Jordan!

Este pasa murmulando por debajo de las arruinadas arcadas de un puente de arquitectura romana. Allí nos dirigimos por un declive rápido y peñascoso, para saludar sus aguas consagradas con los recuerdos mas sublimes. En pocos minutos llegamos á sus orillas, nos apeamos, nos lavamos la cabeza, los piés y las manos, y clavamos los ojos en sus aguas azules como las del Ródano cuando se separa del lago de Ginebra. En este sitio, que es sin duda la mitad de su carrera, no seria el Jordan digno de llamarse rio en un pais mas vasto, pero sin embargo es mayor que el Eurotas y que muchos otros rios cuyos nombres fabulosos ó históricos oímos desde nuestra infancia y nos presentan una imágen de fuerza, de abundancia y de rapidez que la vista de la realidad destruye. El mismo Jordan no es mas que un torrente, si bien que á fines de un oto-



ño poco lluvioso serpentea por un lecho de cien piés de ancho con dos ó tres de profundidad, y nos ofrece una agua tan clara y transparente que permite contar los guijarros que en su fondo se encuentran. Bebí en el hueco de mi mano de esas aguas que tantos poetas divinos habian bebido ántes que yo, y la encontré dulce y de un sabor muy agradable.

Ni mas ni ménos que los demas viageros que al través de tantas fatigas, distancias y peligros, van á visitar en su abandono ese rio que en otro tiempo era rey, llené de sus aguas varias botellas para traerlas á algunos amigos ménos felices que yo, y guardé los guijarros que pude reunir en sus orillas. ¿Por qué no llevé tambien conmigo el númen santo y profético que inspiraba en otro tiempo, y sobre todo esa pureza de ánimo y de corazon que le es peculiar desde que bañó la frente del mas puro y mas santo hijo de los hombres?

No queremos privar á los lectores de las sensaciones que inspira el siguiente trozo del viage de Lamartine al mar Muerto (\*).

Continuando nuestro viage, añade despues Lamartine, dirigiéndonos hácia las mas altas montañas de la Arabia Petrea, viendo y perdiendo de vista alternativamente al Jordan segun las sinuosidades de su curso, nos acercamos al mar Muerto. Al llegar á él se

(\*) Parecerá extraño que en Chateaubriand aparezcan tan tristes y terribles el Jordan y el mar Muerto, al paso que á Lamartine le han parecido en cierta manera agradables; pero esto depende en alguna parte del estado moral de los viageros y mayormente de la estacion y de los sitios diversos en que observaron los objetos.

disminuyen las undulaciones del terreno, que se inclina insensiblemente; la arena es esponjosa, y los caballos que se hunden á cada paso, adelantan con trabajo. Cuando por fin llegamos á ver la reverberacion de las olas, no pudimos contenernos y nos pusimos á gatopar para arrojarnos en las aguas que brillaban como plomo fundido. Yo llegué primero gracias á mi caballo turcomano; mas á treinta ó cuarenta pasos de la orilla, el suelo de arena y tierra está tan húmedo y cenagoso que mi caballo se sumia hasta el vientre, y temí quedar allí sepultado: volví atrás, y echándome á pié me acerqué á la orilla. Muchos viageros han descrito al mar Muerto: no he investigado ni el peso específico de sus aguas, ni su cantidad relativa de sal, porque mi viage no era crítico, ni científico, y solo lo visité porque estaba en el camino que yo seguia, por estar en el centro de un desierto famoso, y por ser famoso tambien este mar que se tragó las ciudades que ocupaban otro tiempo el lugar en que hoy se extienden sus inmóviles olas. A oriente y occidente son planas sus orillas; al norte y sur lo limitan las altas montañas de Arabia y de Judea que bajan casi hasta sus aguas. Están completamente desiertas sus riberas, y el aire está infestado y es enfermizo. Yo mismo sentí su influencia los dias que estuve en este desierto, experimentando gran pesadez de cabeza y un estado febril mientras estuve en aquella atmósfera. A pesar de no verse en él ni una isla, con todo, al ponerse el sol, creí distinguir desde un montecillo de arena, dos cerca del



horizonte del rumbo de Idumea. En esta parte, tiene el mar como treinta leguas de largo, y los árabes no se atreven á seguir tan léjos sus riberas. Ningun viagero ha navegado al rededor del mar Muerto, y nosotros somos los primeros que hemos podido verlo libremente por tres lados; y si hubiéramos tenido mas tiempo, hubiéramos mandado traer tablas de abeto del Líbano, de Jerusalem ó de Jaffa, y hecho una chalupa para recorrer pacíficamente las costas de este mediterráneo maravilloso.

El aspecto del mar Muerto no es triste ni funesto sino para el pensamiento. A la vista es un lago deslumbrante, cuya superficie inmensa y plateada refleja la luz y el cielo como un cristal de Venecia: los montes echan sus sombras hasta sus orillas. Se dice que no hay pescados en su seno ni pájaros en sus riberas: nada sé yo de esto: no llegué á ver ni la procelaria, ni la gaviota, ni aquellos hermosos pájaros blancos semejantes á las palomas marinas que siempre nadan en las olas del mar de Siria y acompañan á los barquichuelos en el Bosforo; pero á algunos centenares de pasos del mar Muerto maté pájaros semejantes á los patos salvages que se alzaban de los bordes cenagosos del Jordan. Tampoco vi aquellas ruinas de las ciudades tragadas que se ven, segun dicen, á poca profundidad debajo del agua, aunque los árabes que me acompañaban me aseguraron que se distinguian á veces. Largo tiempo caminé por las orillas de este mar, ya del lado de Arabia donde desemboca el Jordan, ya del lado de los

montes de Judea donde se elevan las playas y presentan la forma de los pequeños médanos del oceano. La superficie ofrece por todas partes el mismo aspecto, color azul, brillo é inmovilidad. Los hombres conservan la facultad que Dios les dió de poner nombres á las cosas. Es hermoso este mar, él centellea é inunda con el reflejo de sus aguas el inmenso desierto que cubre en parte, llama la atencion, y agita el pensamiento, pero está muerto: allí no hay movimiento ni ruido: sus olas demasiado pesadas para el viento no se trasforman en oleadas sonoras, y sus espumas blancas nunca juegan con las guijas de sus orillas: es en suma un mar petrificado.

